

EN EL PAIS VASCO

LOS MAL HABLADOS

(Trabajo debido á la pluma del inolvidable vizcaíno
don Antonio de Trueba)

I

El título de este artículo no debiera ser éste, sino el de «Apuntes para la triste historia del lenguaje maldiciente, obsceno y blasfemo en las Provincias Vascongadas:» pero como, según dicen los franceses, *le nom ne fait rien a la chose*, he obtado por lo primero, que compensa con la concisión lo expresivo del segundo.

Es lástima que aquellos de nuestros predecesores que tenían una pluma en la mano la emplearan pocas veces, ó no la emplearan nunca en describir ciertos usos y costumbres de su tiempo, lo que nos seria de gran utilidad para conocer y juzgar sociedades que conocemos muy incompletamente; pero aún más lástima seria que nuestros sucesores pudieran decir esto mismo de nosotros, porque la transformación social que se ha obrado y se está obrando en nuestro tiempo es radicalísima, y cuando nosotros hayamos pasado, ya nadie podrá juzgar de lo pasado por lo presente.

Mis recuerdos no alcanzaron más que á los últimos alios del primer tercio de este siglo; pero como ya en la niñez me aguijoneaba el deseo de saber lo que habían visto y aprendido los que habían venido al mundo antes que yo, interrogaba á los ancianos, y gracias á ello, puedo dar testimonio cierto de muchas cosas no escritas por nadie y pertenecientes á los últimos años del siglo anterior, ó lo que es lo mismo, al tiempo en que comenzó la radical transformación social de que hemos sido y somos testigos.

Acaso si se tratase de otras comarcas de España, la tarea que voy á emprender carecería de toda importancia por no haber faltado en ellas quien legase á la posteridad noticia de los usos y costumbres de su tiempo en aquellas comarcas; pero no así tratándose de las Provincias Vascongadas, cuya vida íntima, á pesar de ser tan original é interesante como su lengua y sus instituciones político-sociales, por nadie había sido descrita hasta que no ha muchos años algunos de los hijos de estas provincias, entre los cuales tengo la honra de contarme, y no por cierto como los últimos (cronológicamente hablando) ni los menos aplicados en este trabajo, empezamos á descorrer el denso velo que la cubría

¿Cuál era la vida íntima, la vida familiar, la vida vulgar en esta región de España en los siglos que precedieron al nuestro?

Sólo Lope García de Salazar en el siglo XV, el licenciado Andrés de Poza en el XVI, y el autor de unos diálogos en lengua euskara en el siglo XVIII, levantaron una puntita del velo que nosotros descorrimos por completo en el siglo XIX, dando á conocer cómo se ama, cómo se aborrece, cómo se ora y cómo se trabaja en la noble tierra donde descansan los huesos de nuestros antepasados.

No se tome el presente trabajillo como obra de pretensiones histórico-filosóficas serias y trascendentales, sino como modestísima obra del que acudiendo sólo á su memoria, apunta lo que recuerda y sabe acerca de un asunto que no han de mirar ni pueden mirar con indiferencia los que en el tiempo venidero estudien é historien el pasado de esta región de España.

Tomando estos apuntes como se deben tomar, y teniendo en cuenta que por la índole del asunto ha tenido su autor que prescindir de su costumbre de llamar pan al pan y vino al vino, se perdonará á su autor la trivial familiaridad y el oscuro circunloquio en que con frecuencia tendrá que incurrir.

II

El lenguaje maldiciente

Mucho antes de las guerras con Francia de fines del siglo pasado y principios de éste, ya era conocido de las Provincias Vascongadas, entre las gentes del vulgo, el lenguaje maldiciente, en cuya clasificación quizá cometeré algún error, aun sabiendo que el Diccionario de la Academia Española de la Lengua dice que maldecir es: «Echar maldiciones contra alguno ó alguna cosa, decir mal de alguno, murmurar.»

En el «Libro de las buenas andanzas é fortunas,» de Lope García de Salazar, que se escribió en el siglo XV; en procesos judiciales de los siglos XVI, XVII y XVIII; en informes de ancianos nacidos en la última mitad de este último siglo; en cantares populares antiguos, y hasta en locuciones arcaicas de la lengua euskara, he adquirido el convencimiento de que el lenguaje maldiciente cuenta en estas provincias muchos siglos, así como el lenguaje obsceno, y sobre todo el blasfemo, es modernísimo.

Los grandes maestros del lenguaje maldiciente en estas provincias, y sobre todo en Vizcaya, han sido en los tiempos modernos los pasiegos, como del lenguaje obsceno lo han sido los riojanos, aragoneses y navarros ribereños, y del lenguaje blasfemo lo han sido los soldados, mayoresales de diligencia y carromateros.

Los pasiegos pululaban mucho por Vizcaya y aún por Alava y Guipúzcoa, antes de la guerra civil que comenzó en 1833 y terminó en 1839, ya como contrabandistas, ya como buhoneros, ya como tratantes en ganado vacuno. Generalmente era gente honrada y de buenas costumbres, pero en punto á maldicientes no tenía el diablo por dónde desecharlos, y digo no tenía, porque en este punto ya no son los pasiegos ni sombra de los que antes eran.

La muletilla eterna de su conversación era:

—¡Mala centella te tumbel!

—¡Mal rayo te parta!

—¡Mil demonios me lleven!

—¡Veneno se me vuelva lo que he comido!

—¡Cargue el diablo contigo!

—¡Así revientes!

—¡Sin confesión mueras!

—¡Malos lobos te coman vivo!

Y otra infinidad de maldiciones que proferían inconscientemente, sin ira, como si estas maldiciones fuesen miembros naturales é indispensables de la lengua en que expresaban sus ideas y afectos.

Y no se crea que este lenguaje fuese privativo de los hombres, pues era común á hombres y mujeres, con la sola diferencia de que estas últimas descartaban de él las obscenidades con que solían salpicarles los hombres.

La maldición suprema de chicos y grandes hallándose en el colmo de la ira, únicamente dirigida á los irracionales, y sólo usada por los varones, era: ¡Mal rayo te mate!

En cuanto á las mujeres, si alguna vez maldecían, era con grandes atenuaciones de intención y de forma, pues consistía su maldición más grave en un: ¡Malos demontres te lleven! ó un: ¡Maldito de cocer! ó un: ¡Así reventarás, Dios me perdone!

Cuando jugábamos al escondite, al que le tocaba dormir ó sea al que le tocaba cerrar los ojos mientras los demás se escondían, se le exigía juramento de que no había de ver hasta que los escondidos le avisasen con un cucu. La fórmula de juramento era ésta:

—Di barrojo (en las Encartaciones se llama barrojo al cerrojo.)

—Barrojo.

—Si ves, el diablo te saque un ojo.

No había miedo de que el que así había jurado faltase á su juramento, porque estaba persuadidísimo de que si veía le sacaba un ojo el diablo.

Y aquí es de notar, que así como los pasiegos han heredado el monopolio de aquellas maldiciones con que finalizaban los diplomas de la Edad media, los chicos de las Encartaciones han heredado para jurar el monopolio del cerrojo, que en los mismos tiempos servía á veces para la prestación del juramento, según lo prueba el que prestó el rey don Alonso VI, á instancias del Cid Rui Díaz, sobre el cerrojo de Santa Gadea en Burgos.

Pero no era este el único juramento que usábamos los muchachos de las Encartaciones, ó mejor dicho, de las Provincias Vascongadas.

Usábamos otros cuatro, cuya gravedad aumentaba por el orden en que los voy á citar.

Estos juramentos eran:

—¡En mi conciencia! que se consideraba poco grave.

—¡Así me salve Dios! que se consideraba mucho más serio.

—¡Por esta Cruz de Dios! que iba acompañado del beso de una Cruz formada con los dedos índices y tenía un gradito más de importancia.

—¡Aquí me caiga muerto! que era el juramento supreno que nadie se atrevía á prestar en falso.

En materia de lenguaje maldiciente, es decir, de lo que el Diccionario de la Academia define por «echar maldiciones contra algunos ó alguna cosa,» desgraciadamente no ha habido agravación en las Provincias Vascongadas desde los tiempos de mi infancia, y digo desgraciadamente porque estoy persuadido de que esta decadencia de maldiciones y juramentos procede de la decadencia de fé religiosa.

El que no cree en Dios ni en el diablo no se toma la molestia de jurar por el diablo ni por Dios.

III

El lenguaje obsceno

El señor Echegaray ha titulado uno de sus dramas: «Lo que no puede decirse.» Con muchísima más razón pudiera yo titular del mismo modo este capítulo, porque verdaderamente no se puede decir lo esencial, lo capital que tengo que decir. Los circunloquios de que he de valerme para darlo á entender serán poco expresivos; pero mi ingenio no alcanza á más, y á falta de pan, buenas son tortas.

El del académico de la Lengua, don Antonio María de Segovia, se vió apuradísimo al tratar en el «Semanario Pintoresco» asunto muy conexionado con el mio. ¿Cómo no he de participar de su apuro yo que no soy académico ni he pensado serlo nunca?

Se ha dicho repetidas veces, y con razón, que la lengua euskara ó vascongada carece de voces propias para expresar lo obsceno; pero á fé que la lengua castellana se ha apresurado á prestárselas así que se ha puesto en contacto directo y frecuente con ella y ha echado de ver aquellacarencia.

Concretémonos á hablar sólo del lenguaje obsceno y dejemos el blasfemo para capítulo especial.

Hasta fines del siglo último, en estas provincias era casi desconocida y causaba horror cuando se profería cierta interjección, como carac-

terística del lenguaje vulgar en las provincias del Este de España, es decir, en Aragón, la Rioja y la parte llana de Navarra.

Los que contribuyeron muchísimo á generalizarla en las provincias cantábricas fueron los mayores y zagales de diligencias Y galeras, que en su mayoría eran naturales de las citadas provincias del Este.

La apertura de carreteras del Ebro acá, que corresponde casi totalmente al presente siglo, generalizó en las Provincias Vascongadas el tránsito de diligencias, galeras y carromatos, que reemplazaron á las recuas de mulas y machos con que antes se hacía aquí casi exclusivamente el transporte de mercaderías.

Los arrieros eran casi todos naturales de las merindades de Castilla, cercanas al Ebro, y los restantes de las comarcas vascongadas confinantes con dichas merindades, y á pesar de su frecuente trato con los riojanos, los navarros de la Ribera y los aragoneses, apenas habían adquirido el hábito de las interjecciones obscenas.

Cuando á las recuas dirigidas por naturales de comarcas donde el lenguaje obsceno era abominado y poco menos que desconocido, sucedieron aquí los carruajes dirigidos por naturales de otras comarcas, donde aquel lenguaje era familiar y común, y por lo tanto, considerado como expresión natural de las ideas y afectos, el lenguaje obsceno se generalizó del Ebro acá.

También ha contribuido á ello, no poco, el gran número de riojanos y aragoneses que han venido á avecindarse en Vizcaya, Alava y Guipúzcoa.

Dichosamente el sexo femenino no se ha contagiado del Ebro acá con esta invasión del lenguaje obsceno, pues rarísima es la mujer que le usa.

Y á propósito de las mujeres del litoral cantábrico, debo hacer una observación, que más de una vez ha sido para mí objeto de infructuosas cavilaciones. Las mujeres de los puertos dedicadas al aliño de la pesca, y sobre todo á su venta en los pueblos del interior, se han singularizado siempre por su desgarró y su lenguaje provocativo y obsceno, de modo que la frase de «lenguaje de sardinera» tiene aquí significado equivalente al que tiene en el interior de España la frase «lenguaje de verdulera.»

Yo no he acertado nunca á explicarme esto, que para mí es un verdadero fenómeno, porque ni aún se explica estudiando las costumbres y el lenguaje de los pescadores, que no participan de este desgarró y este

hábito del lenguaje obsceno, tan común en las mujeres con quienes estrin más en contacto.

Por otra parte, ¿cómo se concibe tal lenguaje en esas pobres mujeres que en el fondo de su conciencia son castas y religiosas hasta el fanatismo y la superstición, y tienen necesidad de serlo porque viven en presencia de esta maravilla de Dios que se llama mar, y apelando á Dios, que abomina lo impuro y soberbio, encuentran con frecuencia su único amparo y su única esperanza en la tierra? Repito que no he acertado ni acierto á explicármelo, ni aún pensando en el descuido de su educación, porque aún más descuidada, más incompleta, más nula es la de las mujeres de las poblaciones rurales, y estas mujeres no participan del desgarró y la suciedad de lenguaje que caracteriza á la plebe femenina de los puertos de mar.

VI

El lenguaje blasfemo

Para averiguar de dónde vino á las Provincias Vascongadas el lenguaje blasfemo, no se necesita romperse mucho la cabeza con laboriosas investigaciones: vino del imperio de España, y sus importadores fueron en primer lugar los soldados, y en segundo los muchos naturales de allende el Ebro, que aquí existen temporal ó permanentemente. En cuanto á la fecha de su verdadera importación, es tan moderna, que apenas se remonta á diez años, porque si bien hacía más de cuarenta que la blasfemia contra Dios y las cosas santas era aquí conocida, se había generalizado tan poco y había arraigado tan débilmente, que podía considerársela como planta maldita de que estaba libre esta honrada región española.

A fines del año 1836, es decir, cuando hacía ya tres que la guerra civil afligía á mi país natal, abandoné éste y fui á Madrid.

Antes de estallar en 1833 la guerra no había oído nunca blasfemar de las cosas santas, aunque mis recuerdos alcanzan á seis ú ocho años antes, y ya había frecuentado las villas, las ferias, las romerías y las vías públicas, donde el lenguaje libre y descompuesto es más frecuente.

La primera vez que oí blasfemar de Dios, valiéndose de una frase á la vez sucia y blasfema, que hoy se oye frecuentísimamente hasta en boca de personas que presumen de decentes, fué en Valmaseda, algún

tiempo después de comenzada la guerra civil. El blasfemo era uno de aquellos voluntarios cristinos á quienes se designaban con el nombre de peseteros.

No necesito decir el horror con que oí la blasfemia, y el que causó en mi aldea la noticia de ella, que dí con mucha dificultad, valiéndome de circunloquios infinitamente menos expresivos que el que hoy empleo.

Continué oyendo aquella blasfemia y otras parecidas, las más veces en boca de los soldados de la la reina, y algunas también en boca de los carlistas, pero no con mucha frecuencia ni sin escándalo de los que las oían. En la plaza de Valmaseda ví á un oficial del provincial de Chinchilla dar una bofetada á un carabinero que en su presencia había blasfemado de María Santísima, hecho que consigno aquí porque prueba lo mal que sonaba entonces la blasfemia en el ejército mismo.

En 1859 volví por primera vez al país natal, y aunque entonces la blasfemia se había generalizado del Ebro allá, acá era aún casi desconocida.

Unicamente la usaban los carabineros, que son los que también han contribuido mucho á generalizarla en estas provincias.

Hasta la revolución de fines de 1868, aún en las poblaciones como Bilbao, que es donde se reunen gentes más corrompidas y de extraña procedencia, pasaban años enteros sin que se oyese blasfemar de Dios ni de las demás cosas santas; pero así que sobrevino aquel acontecimiento político, la blasfemia se generalizó rápidamente, no sé si por efecto de lo que se escribía y peroraba en las grandes poblaciones, y particularmente en Madrid, donde ni la tribuna parlamentaria se eximió de verse manchada por la blasfemia.

Durante la última guerra civil llegaron á un pueblo de las Encartaciones varios batallones carlistas, entre ellos uno navarro y otro castellano, que eran los que más se singularizaban en la blasfemia.

Una señora amiga mia, en cuya casa se alojaba un capellán, del batallón navarro, preguntó al capellán, justamente admirada y escandalizada de aquel lenguaje:

—¿Por qué consienten Vds., y sobre todo V., que desempeña una misión religiosa y moral, en estos batallones, esas horribles blasfemias que á cada instante, y sin mediar irritación que atenúe ya que no disculpe, el sacrilegio, profieren los soldados?

El capellán le respondió sonriendo de su simplicidad.

—Señora, predicar á los soldados que se abstengan de ese lenguaje sería predicar en desierto, porque obedecen á una costumbre ya inveterada en ellos, y por tanto, ya poco menos que imposible de desarraigar. Además profieren la blasfemia sin intención de profanar con ellas las cosas santas, y el pecado no es tal pecado, si no se comete con intención de pecar.

Esta contestación del capellán no convenció á la señora de que no hubiese sacrilegio en las blasfemias que la habían escandalizado, pero la verdad es que inconscientemente se blasfema por la mayor parte de las desdichadas gentes que tienen esta abominable costumbre.

A principios de la última guerra civil, frente á Portugalete, recibí un soldado un balazo en una pierna, y alternaba los gritos de ¡ay, Dios mío! con las blasfemias más sucias contra el mismo Dios; prueba de lo inconscientemente que las profería.

Creía yo, y creían muchas personas que me aventajan en previsión y criterio, que al terminar la guerra civil desaparecería de estas provincias la blasfemia, como desapareció al terminar la anterior, pero nos equivocamos, pues sea porque se ha generalizado y arraigado mucho, ó sea porque este país no ha vuelto aún al estado normal, de lo que dan testimonio las tropas que ocupan toda población de alguna importancia, es lo cierto que la blasfemia se oye con frecuencia en todas partes.

Hasta los chicos que concurren á las escuelas, si no blasfeman de Dios franca y terminantemente, sustituyen aquel santo nombre con una palabra ó una frase cuyo sonido se le asemeja, como con las palabras *diantre*, *demontre*, *caramba* y otras, sustituyen desde muy antiguo las mujeres y gentes sencillos y timoratas nombres ó palabras malosonantes, que les repugna pronunciar.

Tal es lo que yo sé, y pienso, y tengo por verdadero en punto á la introducción y á la generalización del lenguaje maldiciente, obsceno y blasfemo en las Provincias Vascongadas.

Poco valen estos apuntes; pero creo que aún así presto con ellos algún servicio al que escriba la historia de la transformación social española en el siglo XIX.

